



Artículo: Recuerdo de Edmundo O'Gorman

Autor(es): Dallal, Alberto

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 78

Año: 2007

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Dallal, Alberto. "Recuerdo de Edmundo O'Gorman

" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 78 (2007): p. 16-19. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3596>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Recuerdo de Edmundo O'Gorman

Alberto Dallal

Instituto de Investigaciones Estéticas
Universidad Nacional Autónoma de México

Si hace cien años, en 1906, cuando nace Edmundo O'Gorman, se hubiera sabido que un siglo más tarde, en México, la difusión de la cultura, la información política y periodística y las relaciones comerciales internacionales iban a estar en manos de dos empresas monopólicas de televisión; si se hubiera adivinado que la educación básica del pueblo mexicano iba a tener que negociarse con gobiernos y líderes corruptos; si se hubiera entendido que la universidad pública nacional y algunos centros de investigación iban a ser el mejor bastión —tal vez el único auténtico y justo— del conocimiento histórico en el país, probablemente la Revolución Mexicana se habría adelantado o tal vez, insisto: probablemente, Edmundo O'Gorman habría acelerado su entrada en sus estudios de Derecho y de Historia y duplicado su consistente obra erudita y de divulgación.

Sin embargo, como bien lo muestran sus datos biográficos, O'Gorman se inició en la participación intelectual de la nación en un periodo en que se expandían y profundizaban las buenas relaciones de los gobiernos posrevolucionarios con la preparación y la entrada en materia de profesionales e intelectuales de toda índole. Estas buenas relaciones perduraron todavía después de 1968, año en que son las clases medias ilustradas las que ponen en evidencia y critican abiertamente las trabas a la democracia y al pleno desarrollo de las instituciones, ya evidentes a causa del partido único. Y es a partir de este movimiento que comienzan a aflorar con plenitud las virtudes de aquellos historiadores que, sin erradicar la brillantez de la historia del pueblo mexicano, han asumido la actitud crítica (con las pruebas históricas en la mano) para exponer los impulsos y la dinámica del conglomerado.

Somos una nación que resume historia, un país donde la historia salta a la vista en cualquier momento, en cualquier sitio: surgen en pleno siglo XXI inesperadas estelas prehispánicas en los estados y en la ciudad de México; acuden emblemáticos escudos decimonónicos al zócalo; o se hacen nuevas referencias a nuestros varios imperios, a nuestras iglesias convertidas en museos y escuelas, o a las obras de arte nacionalista que no dejan de subir de precio y aprecio públicos en los mercados de todo el mundo. Somos el único país que institucionaliza, por tradición, a nuestros levantados en armas. ¿Cómo iba Edmundo O'Gorman a cerrar sus intereses de observación e investigación históricas ante tan evidente y abigarrado mundo? ¿Y cómo podíamos dejar de reconocer sus sesudos, sustanciosos análisis a un siglo de su nacimiento? La historia es, antes que nada, registro. Si la historia hubiera llegado a su fin, como un empresario convertido en ideólogo afirmó tan campante, estaríamos todavía ocupados en

registrar cómo fue ese final de la historia: estaríamos buscando los hechos y los documentos de ese final tan poco evidente.

La historia es registro e interpretación, relato con bases objetivas y una nueva, eterna, ininterrumpida pero cabal narración de los hechos. Pero hay métodos, reglas y condiciones para alcanzar y exponer estos registros y estas interpretaciones, y en estas tres fases del hacer histórico Edmundo O'Gorman se desenvolvió destacadamente. Paradigmáticamente. Y agregó dos cualidades más: las de convertirse en lúcido intelectual y en extraordinario maestro. Nada de lo de anterior “se dio por añadidura”.

Además de la vocación, el historiador debe sentirse atraído por el esclarecimiento y la crítica de los hechos inmediatos y así convertirse en intelectual: participar en la crítica de los acontecimientos, rebasar el acopio de datos y conducirlos hasta los niveles fehacientes de la especificidad: es decir, aportar, aducir todo aquello que se halla al pie del cañón, en la inmediatez de la realidad. Defender la honestidad intelectual, como O'Gorman lo hizo particularmente bien en su estudio previo a la *Historia natural y moral de las Indias*, de Joseph de Acosta, o durante su famosa polémica con Octavio Paz. Discernir sobre lo inmediato con la instrumentación y el rasero que implica el conocimiento mediato también es otra de las actividades básicas del intelectual. Y cuando el historiador acumula tantos conocimientos y vías y derechos hacia la interpretación, surgen libros como *México: el trauma de su historia*, obra que todo asesor de presidentes, si no es todavía una especie extinguida en los tiempos que corren, debería leer. O que cualquier gobernador, diputado o senador mexicano debieran tener como lectura obligada. Se las recomiendo a estos *participantes* de la historia mexicana porque posee, además de una prosa fluida, una gran claridad en las ideas, ideas que sitúan y *hacen luz* y desembocan en el retrato o'gormaniano de la realidad mexicana. El intelectual, pues, aporta ideas fundamentales para echar a andar la realidad, o criticarla, o prepararla para el cambio. Y en acotación de ello me remito también a un texto aleccionador: “El arte o de la monstruosidad”, de 1940, en el que O'Gorman les propone a los nuevos críticos e historiadores del arte observar y analizar las obras mexicanas con ojos nuevos.

La historia la llevaba O'Gorman, como puede apreciarse, a flor de piel: la llevaba por dentro y, sí, afloraba a cada instante, a veces inesperadamente, como ocurre diariamente en nuestro país. Su disposición al diálogo, a la polémica, a la reflexión profunda (la única válida en torno a la historia y a la política) le permitieron *participar* cabalmente en los acontecimientos. Y, además, surgía con talento, con ingenio y con sentido del humor, como en aquella ocasión en que una dama coleccionista de piezas aztecas lo invitó, dijo ella, a “ver sus piedras prehispánicas”; don Edmundo le contestó circunspecto: “En rigor, señora, todas las piedras son prehispánicas”.

Sí: observar la vida individual y social con conocimiento de causa y no dejar de lado la verdad que se ha descubierto a través de los estudios de la historia. Función fundamental del historiador se refiere también a la erradicación de

los mitos. Cuando estalló la primera guerra del Golfo, le pregunté al maestro qué opinaba al respecto y me contestó: “Es un pueblo y una civilización que nos están diciendo: aquí estamos, sencillamente eso, aquí estamos”. El “nos”, por supuesto, se refería a Occidente. Y en otra ocasión, pensando en la dinámica de los hechos mundiales, le pregunté si creía que íbamos, los miembros de la especie humana, a terminar con la especie humana. Dijo tajantemente: “Sí, al menos ésa es la ruta que están tomando los acontecimientos”. Las mismas certezas, el mismo realismo que podía aflorar, con sentido del humor, en sus aforismos; me atrevo a exponer el siguiente, que publicamos por primera vez en la revista *Diálogos*: “El sexo débil, ni tan débil. El sexo fuerte, ni tan sexo...”

Las bases teóricas de los libros de O’Gorman (las han estudiado ya profundamente Álvaro Matute y Josefina Zoraida Vázquez) son claras y contundentes. Implican una visión y una convicción panorámicas de la historia y de los conceptos fundamentales que abarcan, como una visión del mundo, una totalidad universal. Sólo así es posible ir a lo concreto que señalan los documentos y datos, los acontecimientos del pasado y los *saberes* que, por etapas, los seres humanos van agregando a su conocimiento del todo. Sólo así pudieron surgir libros torales como *La idea del descubrimiento de América*, *La invención de América*, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* y tantos otros. Pero esos mismos fundamentos y esa visión general podía el maestro transmitirlos, impregnarlos en la mente de sus alumnos, cercanos o lejanos, en conferencias, cátedras, conversaciones públicas, diálogos en privado. No se crea, sin embargo, que quiero detenerme aquí en insistir sobre esa obvia, evidente, fructífera armonía que en la vida, la concepción del mundo y la obra de Edmundo O’Gorman le permitió equilibrar sus tareas de intelectual, maestro, historiador, teórico y catedrático. Preferiría llamar la atención de ustedes en torno a una cualidad, un autoconocimiento que se va perdiendo paulatinamente en todos los estratos de la sociedad mexicana, principalmente en la clase política, en la intelectualidad y en las instancias más altas de las instituciones corporativas. Yo llamaría a este valor *escrúpulo histórico*, la autoconciencia individual, personal, irreemplazable e ineludible, de que somos seres históricos y, como tales, debemos también responder con nuestras ideas y acciones al pleno escrutinio de la época, de la historia, al análisis que de nosotros y de nuestras ideas y acciones podrán hacer los miembros de nuestro medio, de nuestras instituciones, de nuestra comunidad. El maestro O’Gorman era de una sola pieza. Respondía con pleno conocimiento y con plenas convicciones de causa y efectos. Creo que estaba tan consciente de este *escrúpulo histórico* que adivinaba o sabía de cierto que a un siglo de su nacimiento, en la misma fecha, estaríamos aquí, reunidos, comentando todos los aspectos de su vida y de su obra, de sus actitudes e ideas, de sus frutos como maestro y erudito, sin menoscabo de elementos humanos y primordiales dejados en su tintero o en sus polémicas o en sus formas de actuar. El maestro O’Gorman fue todo un señor enfrentado a su época con plena autoconciencia de quién era él, de los alcances de sus obras y de los resultados de sus actos.

Para finalizar quiero dejar asentado que admiré siempre, como hoy admiramos, su *ser* universitario. Su obra la realizó a partir de la Universidad Nacional y fue siempre un representante honorable de ella. No buscó brillar por fuera desligándose de la Máxima Casa de Estudios. Como miembro y participante de la Universidad Nacional sus incursiones, acciones fuera de ella, llevaron siempre el sello de la “Madre Pía”, como la llamó en una de las dedicatorias de sus libros. Y añadió: “con filial gratitud”. Por ello estamos aquí, hoy, suponiendo qué bueno sería para este país si lo escuchara con atención, si aprendiera de él, si ponderara los acontecimientos a través de sus aportaciones, si aplicara sus enseñanzas para hacer e interpretar la historia. O si la nación comenzara a reconocer en él el conocimiento que adquirimos y seguimos adquiriendo y reconociendo nosotros. Por ello hay mucho que hacer por delante para rendirle el justo homenaje: organizar y apresurar la compilación y la publicación de sus *Obras completas*; *idem*, tal vez, ojalá, establecer en la Facultad de Filosofía y Letras la Cátedra Edmundo O’Gorman para jóvenes historiadores. Finalmente: hacer que otros historiadores e instituciones del extranjero, con los que él tuvo contacto académico, consignen la calidad y la actualidad de sus aportaciones. ◻

